

Jaime O'Shanahan. El hombre que amaba a los árboles.

D. Yuri Millares. Periodista y editor.
Pellagofio Ediciones. Gran Canaria



*XVII Jornadas Forestales
de Gran Canaria*

Jaime O'Shanahan, el hombre que amaba a los árboles

Por YURI MILLARES (*)

Jaime O'Shanahan Bravo de Laguna nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1921 y vivió toda su vida dedicado a una pasión y una vocación: los árboles. Una vida que se extinguió meses atrás, este año de 2010

En el año 2002 celebramos varios encuentros, precisamente, para conocer lo que él sabía sobre la repoblación forestal que cambió el paisaje de su isla, a partir de los años 50 del siglo XX. Al inicio de la primera de aquellas entrevistas, ya reveló de qué modo llegó a tener un papel destacado en esa política forestal: “Como yo tenía tanta afición por los árboles y siempre me gustaba estar en el campo, pues don Graciliano me hizo cargo de la Sección Forestal”. Se refería al consejero del Cabildo de Gran Canaria a cargo de los asuntos forestales, Graciliano Morales (por cierto, hijo del gran poeta modernista Tomás Morales), que lo puso al frente de este servicio en 1951.

Y como testimonio de esa labor profesional (jefe de la Sección Forestal del Cabildo) en la que pudo ejercitar su vocación a placer, se dedicó a crear un álbum fotográfico en la que fue colocando las fotos que él mismo iba haciendo con su cámara. De este modo, recogió en imágenes los principales hitos en la repoblación forestal de la isla de Gran Canaria. Un documento único que se refiere no sólo a cómo nacieron los pinares que hoy pueblan las cumbres de la isla; también a otras repoblaciones de distintas especies de árboles en los bordes de muchas carreteras y caminos por todo el territorio insular.

Después de celebrar la primera entrevista en su casa, quedamos al día siguiente en la biblioteca del Jardín Canario. En alguno de sus estantes debía estar, aseguraba, aquel volumen de grandes hojas repletas de fotografías que él había estado organizando a partir de 1951. Y en efecto, allí estaba el álbum de fotos, con el texto impreso en su portada “Sección Forestal” y el año “1951”.



Seis años después de aquellos encuentros y de que me permitiera hacer copia de algunas de esas fotos para ilustrar artículos dedicados al tema, el propio Jaime O'Shanahan donó su archivo fotográfico a la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Un archivo que está disponible para todos en Internet. El álbum de la Sección Forestal, sin embargo, permaneció guardado en la biblioteca del Jardín Canario.

Echando un vistazo a algunas de esas fotos, encontramos paisajes hoy imposibles. Como el de unos Llanos de la Pez pelados, apenas poblados por arbustos, en el que primero “crecieron” unos mojonos con el nombre de “Cabildo Insular” y el año “1953” inscritos en ellos y poco después aparecía en su superficie un “zarpullido” de miles de diminutos pinos que se plantaban en unos canutos de caña.



“Se hacían los hoyos cada dos o tres metros, que eran muy juntos, pero pensando en las marras y pensando en su día en el aclareo porque si venía un buen año, pegaban todos y quedaban muy juntos. Se metían en cajas que se llevaban en mulas, en las albardas, o se dejaban en sitios muy cerca en las pistas que habían en los Llanos de la Pez”, explicaba O'Shanahan.

Pero no todos los pinos eran para estas repoblaciones masivas, ni todas las plantas venían del vivero del Icona (institución que realizaba las grandes repoblaciones, en aquella época bajo la dirección del ingeniero Juan Nogales, en terrenos que eran propiedad del Cabildo o se consorciaban con propietarios particulares). El propio Jaime se llevaba pinos pequeños del “vivero del Estado”, como él lo llamaba, y los criaba en el vivero del Cabildo, que entonces estaba en el paseo Tomás Morales de Las Palmas (donde hoy se levantan varios institutos de enseñanza media). Y aquí cobra sentido la singularidad de otra de sus

fotografías: un camión del parque móvil del Cabildo, portando pinos ya crecidos, es descargado delante del Parador Nacional de la Cruz de Tejeda, en cuyo entorno fueron plantados.



Pero no todo fue plantar pinos. Ni siquiera en esa

cumbre de Gran Canaria hoy poblada de extensos pinares. “Los castaños fue en la cumbre una cosa bastante limitada, porque a mí me decían que no se iban a dar”, me explicaba. “Pero es que en los Llanos de la Pez había un sitio, que no recuerdo ahora cómo se llama, en el que había un castaño precioso, y dijimos ‘¡aquí se da el castaño!’”. Había un vivero de castaño en Tamadaba y los plantamos en caminos vecinales y unos pocos delante del parador de Tejeda y en la montaña que está detrás, la montaña de Constantino”.

Pero a diferencia de los diminutos hoyos que se hacían para los pinos, los castaños requerían otros de mayor tamaño. “Primero había que hacer los agujeros: los de los pinos canarios eran unos agujeritos pequeños, pero los agujeros de los castaños eran unos agujeros de *reglamento*. Me acuerdo que tenía una caña que podía medir casi un metro. Yo iba periódicamente, con el contratista, porque tenía que certificar los hoyos que había hecho, tantos metros cúbicos en total. Entonces, yo me metía en el hoyo, metía la caña así y así [vertical y horizontal], a ver si tenía la medida. En algunos hoyos, en los que aparecía tosca debajo, metíamos unos cartuchos de dinamita para rajar la base y que el día de mañana el castaño pudiera meterse por allí”.



Los hoyos para los castaños tenían casi un metro cúbico. Con la azada se retiraba la tierra de arriba y se reservaba a un lado “porque era tierra buena, era tierra meteorizada: tierra que había cogido sol, había cogido agua de lluvia, en la que había crecido hierba”. Y aquí tenemos otra de las fotografías singulares:

“Cogíamos picón, que se ve en la foto, lo poníamos en el fondo antes de plantar el árbol y echar la tierra. Unos 20 ó 25 centímetros de picón y después cogíamos tres



tablas o un trozo de tubo hecho de latón como si fuera un fonil grande y lo poníamos pegado al picón de abajo y hasta la superficie del hoyo. Ese tubo lo rellenábamos con picón también. Después rellenábamos con tierra vegetal meteorizada y poco a poco, hacíamos así [hace el gesto con las manos] y sacábamos el tubo, pero se quedaba hecho un tubo de picón. Entonces, cuando se iba a regar con el balde pues le echábamos el agua por allí y bajaba directamente a la raíz”.

Además “le poníamos un *tutor*, dicho en fino, para *ajorconarlo*. Pero ese tutor lo poníamos en la tierra, antes de rellenar el hoyo, porque si no costaba después más trabajo meterlo. Ese palo lo alquitranábamos todo: cogíamos un bidón, lo partíamos por la mitad, poníamos fuego debajo y poníamos alquitrán que, con fuego debajo, se quedaba muy fluido. Los palos se secaban con el alquitrán con objeto de que duraran mucho tiempo y los amarrábamos al árbol con objeto de que se mantuviera recto”.

Y en esa labor de repoblación por caminos y carreteras recordaba Jaime una anécdota que tiene que ver con la visita a la isla un mes de octubre del entonces jefe del Estado, el dictador Franco. El relato

de los hechos, en palabras de O'Shanahan, es el siguiente: “Un día don Matías –se refiere a Matías Vega, que era entonces el presidente del Cabildo– me dice: ‘Mira, Jaime, va a venir el jefe del Estado y cuando llegue el momento, por los caminos vecinales que él vaya a pasar, quiero que estén plantados’. ‘De acuerdo don Matías’. Teníamos un programa anual de plantaciones en los caminos vecinales, pero no me dijo por qué camino iba a pasar, porque por seguridad no se sabía el programa exacto del jefe del Estado”.

“Otro día me dice: ‘Mira, con el jefe del Estado vamos a ir a la Cruz de Tejada, al parador y después vamos a ir a Teror por el camino de Cueva Corcho, así que quiero que esté plantado el camino’. Eso ya estaba previsto que se iba a plantar, pero ese año pasó que hubo un tiempo muy cálido y los castaños del vivero tenían las hojas verdes. Y cuando se trasplanta un árbol de hoja caduca (quien dice un castaño, dice un nogal o dice un manzano), hay que coger el momento cuando esté en reposo, que no esté en plena savia”.

“Y yo le dije: ‘Don Matías: Este año está eso previsto plantarlo de castaños, pero como se ha prolongado tanto el verano, están todavía los árboles en vegetación. Podríamos esperar un poco, preparamos unos geranios también y cuando ya empiece el tiempo a mejorar, que haya frío, plantamos los árboles’. Dice: ‘¡No, no, no. El jefe del Estado se merece eso y mucho más. Eso hay que plantarlo ya, ahora!’”.

“Bueno, quien manda, manda, y se plantaron los árboles”, sigue el relato Jaime O'Shanahan, añadiendo otro dato a esta curiosa historia: “Me fui a hablar con los propietarios en el camino de Cueva Corcho y traté de convencerlos, para plantarlos lo más dentro de las fincas posible, en lugar de cerca del asfalto. Y los propietarios: ‘No, no, que entonces el Cabildo coge derechos’. Y yo tratando de dar la batalla de que me dejaran plantar allí para el día de mañana. Fíjate tú, en aquella época que yo era un *chiquillaje*, el “día de mañana”: eso son 40 años, 50 años, y ya han pasado. ‘¿Y las



castañas que caen ahí para quien van a ser? Van a ser para usted. ¿Usted cree que el Cabildo va a venir para coger cuatro castañas que caigan por ahí, que van a venir a reclamarle?’. Pero no hubo forma y hubo que plantarlos junto al asfalto en la misma cuneta. Y si vas en coche, llegará un momento en que pasarás por un túnel de castaños y clas-clas-clas, pisando castañas en la carretera. Fíjate qué pena. Y hay gente que va a coger castañas. Paran el coche en un rinconcito y van a coger castañas”.

¡Y los castañeros brotaron! “Claro, porque se regaron, porque teníamos esa cuba que tú ves en la fotografía. Era la única cuba que teníamos al principio y con esa cuba teníamos que atender todos los caminos vecinales. Fíjate tú en esa cuba, para ir a Agüimes a regar los olivos y los algarrobos, ir a monte Constantino a regar los castaños. Pero entonces, yo le di prioridad a aquellos castaños [de la carretera de Cueva Corcho] y así están. Y don Matías, en otra de las visitas, con ironía me decía: ‘¿Conque no se podían plantar?’, como diciendo ‘coño, los técnicos...’, él a veces nos daba *leña*. Lo que yo no le dije fue: ‘Don Matías, usted no se da cuenta de que está hablando con una persona que no tenía mala leche, porque si yo hubiera tenido mala leche cojo la cuba y me pongo a regar en otros caminos y ese no lo riego para yo tener la razón’, y eso no era ético profesionalmente”.

Y así era Jaime, un gran profesional enamorado de los árboles. Del que podríamos contar muchas más anécdotas salvando árboles, plantando árboles, mimando árboles. Pero no caben todas en un artículo, ni en una ponencia. Porque su vida fue larga e intensa y su entrega profesional muy fructífera. Y todos los que fuimos niños alguna vez en la segunda mitad del siglo XX, en esta ciudad, ya lo pudimos ver entonces; y escucharle y acompañarle.

(*) Más materiales de las entrevistas con Jaime O’Shanahan en la web pellagofio.com.